

había formulado un *veto* positivo y en Madrid se ignoraba el lenguaje empleado en mayo de 1869 por el señor Benedetti en Berlín. El estadista español, á fuerza de pesar los méritos del candidato, llegó á persuadirse de que se lograría borrar el origen de Leopoldo: éste no pertenecía sólo á Prusia, sino también á Portugal por su matrimonio, á Bélgica por su enlace con los Coburgos, á la familia de los Bonaparte por los vínculos que le unían á los Murat, á los Pepoli, á los Beauharnais; y siendo pariente de todo el mundo, fácil había de serle no entregarse á nadie. Un argumento calmaba los temores, y era que en otro tiempo Napoleón había contribuído á la elevación de Carlos de Rumanía; y habiendo favorecido á uno de los dos hermanos, ¿sería invenciblemente hostil al otro? Aunque las objeciones eran demasiado firmes, Prim contaba con su habilidad y con la consideración que Napoleón le dispensaba, y se lisonjeaba tanto más de convencer á éste cuanto que era de muy antiguo amigo suyo.

De esta suerte se afirmaba poco á poco una idea que, en un principio, ni en Berlín ni en Madrid había apenas nadie osado acariciar; y lo que había sido, en su origen, considerado como fantasía de publicista ó como expediente de todo punto subsidiario, iba á revestir el aspecto de una solución. El año 1869 había sido el de los malos pensamientos, seguidos sólo de algunos tímidos ensayos; el año 1870 sería el de las grandes intrigas. Había llegado el momento en que de la conjunción de las dificultades españolas y de las ambiciones prusianas surgiría el plan funesto que nuestra patria no olvidará jamás.

VIII

El agente más activo de la intriga es Salazar, que se muestra infatigable: á principios de 1869 reveló, en una memoria, al pueblo español el nombre de Leopoldo de Hohenzollern; en septiembre fué, en calidad de mensajero secreto, al castillo de Weinburgo y como verdadero tentador hizo brillar ante los ojos del padre y del hijo la corona de España; dos meses después manifestó su actividad con un nuevo folleto; y ahora vuelve á la carga cerca de los que gobiernan su país. Su mayor fuerza reside en el desaliento de Prim, y después de haber obtenido su adhesión y cartas para Bismarck y para el rey, parte á fines de febrero de 1870, no ya para un castillo apartado como el de Weinburgo, sino para Berlín, es decir, para el lugar en donde todo puede decidirse. Su viaje está envuelto en el misterio más profundo; el embajador de España en Berlín no está en el secreto y menos aún, naturalmente, el Sr. Olózaga que representa en París al gobierno de Serrano. El rey de Prusia no recibe al emisario, el cual, para no despertar las sospechas, permanece muy poco tiempo en Berlín; bien que al regresar á su país deja ya la negociación iniciada.

Y tan bien iniciada está, que los grandes actores de la política prusiana comienzan á celebrar conciliábulos: el rey se muestra perplejo, formula objeciones y se niega á influir en la resolución final; el príncipe real teme el estado de anarquía en que se agita España y excita á Leopoldo á que presente sus condiciones, es decir, á que se asegure, no sólo para el presente, sino también para el porvenir, el apoyo de Prusia; y en cuanto á Bismarck

no titubea en aconsejar la aceptación y en este sentido dirige una memoria al soberano diciéndole que desde el punto de vista político será muy ventajoso, en caso de guerra, contar con la amistad de un pueblo situado en la frontera meridional de Francia, y que desde el punto de vista económico el comercio alemán podrá encontrar en España fructuosos mercados. En 15 de marzo de 1870 celébrase en Berlín una conferencia que es á la vez consejo de gobierno y consejo de familia: presídela el rey y en torno suyo se sientan el príncipe real, el príncipe Antonio, su hijo Leopoldo, Bismarck, Moltke, Roon, Schleinitz, Thile y Delbruck (1), todos los cuales, á pesar de las objeciones de los días precedentes, se declaran favorables á la aceptación, diciendo que «es un deber patriótico prusiano.» Leopoldo, sin embargo, vacila y finalmente se niega; é inmediatamente parece que se desvanece toda la intriga. Pero el príncipe Antonio, muy excitado y muy ambicioso para su familia, sugiere en seguida otra combinación; apunta, en defecto de Leopoldo, el nombre de otro de sus hijos, el príncipe Federico, *Fritz*, como se le llama; y la intriga renace. Fritz, aunque mucho más joven, hállase en la edad viril como Leopoldo, y como Leopoldo es católico y oficial prusiano. *Uno avulso non deficit alter*: ¿qué les importa á los españoles, con tal de tener un rey, que éste sea Leopoldo ó Federico?

En 20 de marzo de 1870, el príncipe Antonio escribía á su hijo Carlos de Rumanía: «Desde hace quince días estoy sumamente ocupado con importantes asuntos de familia: se trata nada menos que de aceptar ó rechazar la corona de España.» En el entretanto, aquel Fritz, á quien una deliberación á puerta cerrada trataba de elevar á uno de los más antiguos troncos de Europa, viajaba lejos de Alemania; según decía su padre, encontrábase entre París y Niza, á no ser que estuviera todavía en Italia; pero el telégrafo funcionó repetidas veces sin lograr descubrir su paradero. «Son grandes proyectos para el porvenir, escribía á Bucarest el príncipe Antonio; es preciso guardar el secreto.» Y añadía piadosamente: «¿Quién puede penetrar los designios de la Providencia?» Durante su viaje el joven príncipe supo por un mensaje de Berlín el papel que se le quería confiar, lo cual, al parecer, no le sorprendió gran cosa porque, según se afirma, el embajador de España en Florencia había intentado ya explorar sus intenciones. Entonces se dirigió á Prusia, aunque muy lentamente para un pretendiente á una corona. El príncipe Antonio hallábase en Berlín con su esposa, la princesa, para «estar más cerca del teatro de la decisión,» como él mismo escribía; y uno y otra seguían con la mayor ansiedad, aunque con apariencias de calma, el gran negocio en el que se jugaban los destinos de su familia. Los iniciados se comunicaban unos á otros sus impresiones: Bismarck era muy partidario de la aceptación por parte de cualquiera de los dos príncipes, y Antonio censuraba secretamente la poca ambición y el escaso entusiasmo de Fritz. Carlos, desde Rumanía, trataba de calcular las probabilidades que reunía su hermano para salir bien de la empresa; tenía-le por inteligente, pero dudaba de su experiencia y de

(1) *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*, tomo II, página 72.

su habilidad para conocer á los hombres, y consideraba necesario exigir tres condiciones: la reorganización del ejército, la de la marina y un conjunto de leyes represivas bastante enérgicas para consolidar el gobierno. Por secretas que fueran estas intrigas, comenzaba á propagarse un vago rumor cuyo eco recogió el agente de Rumanía en Francia, Sr. Stratt. Ante estos primeros indicios de divulgación, el príncipe Antonio se emociona y escribe: «La candidatura fracasaría sólo con que fuese conocida,» añadiendo luego: «He declarado de un modo positivo á Stratt que Leopoldo había recha-

llos que gustan de las aventuras honrosas (1).» El emisario partió inmediatamente. Por grande que fuera su conocimiento del idioma indígena, en todas partes le reconocieron como extranjero, si bien le tomaron por inglés. Durante cerca de un mes recorrió la península, llegando hasta Sevilla y aun hasta Cádiz, y preparando por el camino los elementos de la memoria en que había de resumir los resultados de su viaje. Su impresión fué que el hijo del príncipe Antonio entraría en España bajo los más favorables auspicios: el pueblo ratificaría seguramente la elección hecha por las Cortes, y el ejérci-



Leopoldo de Hohenzollern, candidato al trono de España

zado en absoluto la corona; por ahora no es menester que sepa más.» La razón de esta reserva con el señor Stratt era que éste estaba acreditado cerca de la corte de las Tullerías, y una indiscreción, perjudicial en todas partes, en ninguna había de ser más inoportuna que en París.

Salazar había asegurado que sus compatriotas acogerían con entusiasmo una candidatura germánica; sin embargo, el conde Kanitz, embajador de Prusia en Madrid, mostrábase mucho más circunspecto. Ante esta diversidad de criterios hacía necesario conocer la verdadera situación de las cosas. Había en el ejército prusiano un oficial que dos años antes había seguido las operaciones de la guerra entre el Brasil y el Uruguay y adquirido, gracias á esta circunstancia, un conocimiento perfecto del idioma y de las costumbres españolas. Este oficial, que era el mayor Versen, fué llamado á Berlín á principios de abril, y allí recibió la orden de partir secretamente para España á fin de estudiar cómo sería acogido un Hohenzollern por los políticos y sobre todo por los militares. Versen aceptó la comisión con gran placer, pues era, según la frase que más adelante había de emplear su biógrafo, «de aque-

to estaba bastante bien organizado para ofrecer un apoyo sólido al nuevo rey. El juicio era sincero y lo demuestra el hecho de que en notas más íntimas, redactadas para él solo, el mayor Versen manifestaba análogo optimismo y aun llevaba éste hasta el punto de creer que un Hohenzollern católico y pariente de Napoleón no sería objeto de ninguna objeción fundamental por parte de Francia. El día 6 de mayo regresó Versen á Berlín, seguro de que le felicitarían, de que la corte le llamaría, de que le pondrían por encima de todo el mundo, y su ambición se recreaba pensando en todo esto. Pero Bismarck, que se hallaba enfermo, se había marchado á Varzin, y el emisario esperó melancólicamente unos días, sin saber á quién entregar su memoria y extrañado de que nadie se preocupara de él, hasta que en 15 de mayo una lacónica comunicación le ordenó reunirse inmediatamente á su regimiento que estaba en Posen.

¿Qué había sucedido? Decididamente el príncipe Antonio demostraba suma perspicacia al censurar la

(1) General von Versen, ... *aus hinterlassenen Briefen und Aufzeichnungen zusammengestellt*, por el barón de Werthern, página 79.

poca ambición de su hijo. Federico había regresado al fin á Alemania, pero para declinar la candidatura, que no aceptaría, dijo, más que en el caso de que el rey se lo mandara formalmente. El rey y el príncipe real habían estado indecisos, pero en definitiva se habían negado á influir en la resolución. Pensóse entonces de nuevo en Leopoldo, aunque inútilmente; y en vista de que no era ya probable una mudanza en el modo de pensar de los interesados, envióse á Madrid un telegrama dirigido al general Prim, formulando la negativa. Así se explicaba la silenciosa indiferencia con que á su regreso había sido acogido el mayor Versen, que ya no era sino el mensajero de una empresa abandonada. El príncipe Antonio, en una carta á su hijo Carlos de Rumanía fechada en 22 de abril, había narrado la negociación y el fracaso en los siguientes términos: «Después de la negativa de Leopoldo, ofrecióse muy seriamente la candidatura á Fritz, el cual no tenía más que aceptar y á ello le instaban mucho desde Madrid; pero tu hermano ha contestado en el tono más resuelto que no podía acometer empresa semejante. De modo que es preciso dejar correr este asunto. Ha pasado un gran momento histórico para la casa de Hohenzollern, una ocasión como nunca se ha presentado, como no volverá á presentarse más. Si el rey hubiese ordenado, Fritz habría obedecido; pero, dejado en libertad, optó por la negativa.» Y añadía con descorazonada tristeza, como cuando se habla de un proyecto durante largo tiempo acariciado que es imposible reanudar: «Ahora todo ha terminado, y este episodio quedará sepultado en el olvido hasta que un historiador de nuestra familia lo recuerde en un porvenir lejano (1).»

IX

Europa se libraba del peligro antes de haberlo siquiera sospechado. ¿Cómo de pronto adquirió nueva consistencia el proyecto cuyo fracaso deploraba el príncipe Antonio? Acerca de esto nos vemos obligados á caminar algo á tientas, iluminados por una luz todavía incompleta, y á recoger documentos que no siempre guardan relación unos con otros. Ya hemos dicho que el mayor Versen había regresado á Berlín el 6 de mayo: hombre muy ardiente y muy activo, no se consolaba de encontrar la obscuridad allí donde su ambiciosa juventud esperaba haber hallado un papel importante. Los oficiales prusianos son intrépidos en la guerra; Versen demostró que lo son también en la diplomacia. Según afirma su biógrafo, se atrevió á visitar al príncipe real, que regresaba de Carlsbad, y logró que le diera una carta de presentación para el príncipe Antonio, que residía en Dusseldorf. Lleno de alegre excitación, púsose en camino en 20 de mayo, y en esta fecha escribió en su diario: «Si el golpe sale bien en Dusseldorf, después que todos *habrán tirado su fusil al trigo*, podré acordarme durante toda mi vida con orgullo de este triunfo (2).» Pero en Dusseldorf no encontró el mayor á la persona á quien buscaba, pues el príncipe Antonio había partido para Nauheim. Versen, sin vacilar, fué á verle allí, y á fuerza de argumentos logró persuadirle de

(1) *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*, tomo II, pág. 80.

(2) General von Versen, *Von Frhr. von Werthern*, pág. 82.

que no estaba todo perdido, y luego consiguió de él que escribiera al príncipe real una carta en la que, lejos de reiterar la negativa anteriormente formulada, manifestaba incertidumbres y vacilaciones que fácilmente podrían ser destruídas. Ya no se habla entonces de Federico, el cual se ha retirado de la escena para no volver á salir; pero en cambio reaparece Leopoldo, el que poco antes había declinado el peligroso honor de la corona. La reflexión parece haber ablandado su resistencia; muéstrase perplejo y dice que lucha entre sus deberes para con su familia y los otros deberes que le impone el llamamiento de la nación española. En 26 de mayo el príncipe Antonio escribe á Carlos de Rumanía confiándole su renaciente esperanza: «El asunto, dice, no está aún completamente enterrado; pende de algunos hilos, pero no son más que *telarañas* (3).»

Los «hilos» adquieren muy pronto mayor solidez: Leopoldo, que había vacilado, rehusado y vuelto á vacilar, impone ya sus condiciones; siéntese, sobre todo, animado de gran solicitud hacia la nación española; juzga que la situación ha variado y que un interregno más largo podría provocar en España una crisis muy temible; y retrocede ante la responsabilidad de haber regateado su concurso á una gran nación ansiosa de regenerarse. El príncipe real, informado de este cambio por Antonio, lo pone en conocimiento del rey, el cual acoge al principio la noticia con cierto mal humor, pues consideraba la negociación terminada y le sorprende y mortifica que haya sido reanudada sin su conocimiento. El soberano temía la irritación de Francia y el juicio de Europa; si en otro tiempo, por temor á las potencias, había vacilado en dejar partir al príncipe Carlos para Rumanía, ¡cuánto más temeraria no sería la elevación de Leopoldo al trono de España! Y cuando se le objetaba citándole los informes favorables del mayor Versen y los del consejero Lotario Bucher, que había ido á España al mismo tiempo que aquél, replicaba sonriendo que uno y otro habían visto las cosas demasiado de color de rosa. Pero, por mucha que fuera la indiferencia manifestada por el monarca, comprendíase que en su lenguaje había objeciones más bien que verdaderas resistencias. Y aquella misma evolución que producía en Guillermo turbación más que alegría, había de colmar los deseos de Bismarck, á quien el príncipe real escribió en 20 de mayo, dándole cuenta del cambio de situación: «Paréceme ahora, le decía, que en resumidas cuentas el padre y el hijo están de acuerdo para la aceptación (4).»

En Madrid nada se había traslucido de estos proyectos ambiciosos que renacían en Alemania: en aquella capital teníanse por definitivos los despachos que un mes antes habían notificado la negativa de Leopoldo y la de Federico, y más que nunca se buscaba un monarca, aunque siempre infructuosamente. Por tercera vez había ofrecido el gobierno del regente la corona al rey Fernando, y por tercera vez habíase éste negado á aceptarla; y estos fracasos reiterados eran objeto de burlonas consideraciones por parte de la prensa europea: «Aconsejamos á los españoles, escribía John Lemoine en el *Journal des Débats* (5), que reunan á todos

(3) *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*, tomo II, pág. 90.

(4) *Bismarck-Jahrbuch*, tomo IV, pág. 96.

(5) *Journal des Débats*, 6 de junio de 1870.

sus candidatos en una mesa redonda y les distribuyan la torta de reyes; y aquel á quien le toque la haba será proclamado inmediatamente.» ¡Cuál no sería, pues, la sorpresa de Prim al recibir, en medio de tanta confusión, un mensaje de Bismarck! Este, que había recobrado la salud muy á punto y regresado de Varzin, decía al general que la candidatura era excelente y le exhortaba á reanudar el gran proyecto; únicamente aconsejaba una cosa, y era que no se llevaran las negociaciones en Berlín como se haría para un asunto de gobierno, sino que se entablaran directamente con el príncipe, cual convenía á un asunto de familia. Así se expresaba el primer ministro y este mismo consejo revelaba su cautelosa previsión; pues al dar á la negociación el carácter de una negociación privada proporcionaba de antemano al rey un pretexto para aplazar las explicaciones y alegar ignorancia. Esta actitud engañaría á Europa, desconcertaría á Francia y permitiría además una retirada honrosa en el caso de que la intriga, una vez descubierta, provocase demasiada reprobación.

Prim, que ante tan repetidos desengaños comenzaba á rendirse, no dió gran crédito á las sugerencias de Bismarck, y ¡ojalá que no les hubiera dado ninguno! En 11 de junio de 1870 hizo en las Cortes una extensa relación de sus decepciones monárquicas: se había dirigido al rey Fernando y había fracasado; habíase fijado en el duque de Aosta y no había tenido mejor éxito; había pensado en el duque de Génova y había obtenido igual negativa. Y después de haberse expresado así, aludió á un cuarto candidato, que le estaba vedado nombrar, pero cerca del cual tampoco había sido hasta entonces más afortunado. En muchos bancos de la Cámara se pronunció el nombre de Hohenzollern. El general, fuese cual fuere su descorazonamiento, no quiso despreciar la invitación que le hacía Bismarck y, aunque sin grandes esperanzas, llamó á Salazar y le ordenó que de nuevo se pusiera en camino, pero no para Berlín, sino para Sigmaringen, en donde residía el príncipe Antonio. El emisario salió de Madrid el 14 de junio.

Al revés de lo que Prim había previsto, en Alemania se precipitaban los acontecimientos. Salazar, siempre infatigable, llegó el 19 de junio á Sigmaringen y allí encontró al príncipe Antonio y también al príncipe Leopoldo, á quien el mayor Versen, no menos infatigable que aquél, había ido á buscar á Reichenhall. La negociación fué corta: el candidato había reflexionado y se había convencido «de que la condición de rey de España era más brillante que la de oficial de estado mayor prusiano.» El 20 de junio, Leopoldo dió su palabra, á reserva del consentimiento del rey. Guillermo acababa de llegar á Ems cuando recibió la demanda de autorización; y aunque, como hemos dicho, había seguido el curso de las reanudadas negociaciones, le asombró, según se asegura, tanta prisa. Con su ordinaria habilidad, aparentó tratar el asunto como cosa secundaria y se dedicó más bien á no prohibir que á aconsejar la aceptación, con lo cual dejaba el campo libre al príncipe y no se comprometía de una manera irrevocable. Leopoldo invocaba en su súplica el gran servicio que había de prestar y una especie de vocación á la que no se atrevía á resistir: «Si tiene esta vocación,

dijo lacónicamente el rey, yo no he de oponerme á ella.» Y después de haber formulado, con una audacia llena de reticencias, este minimum de aprobación, nada más dijo el monarca; así resulta, por lo menos, del relato del historiador alemán Sybel (1).

Sólo quedaba en pie una cuestión, pero sumamente grave, la de saber en qué momento y en qué forma se divulgaría la intriga hasta entonces secreta. Lo más hábil parecía ser precipitar la conclusión y aprovechar la



El general D. Juan Prim

legislatura de las Cortes para arrancar por sorpresa la elección á la Asamblea, pues de este modo todos quedarían comprometidos á un mismo tiempo, España, Prusia y el mismo príncipe. En cuanto á Napoleón, se encontraría desprevenido en presencia de un hecho consumado y su perplejidad sería doble, teniendo enfrente, no solamente á Prusia, sino también al gobierno español, y sin otro recurso que discutir la libre elección por éste llevada á cabo. Sin embargo, en 24 de junio de 1870 fueron suspendidas las sesiones de Cortes hasta el 31 de octubre, de suerte que aquel desenlace ya no fué posible. Se ha explicado aquella decisión por un error sufrido al descifrar uno de los despachos de Salazar, pues mientras éste anunciaba su regreso para el 28

(1) Sybel, *Die Begründung der Deutschen Reiches*, tomo VII, página 260.

de junio, leyóse, al parecer, 9 de julio; de ser así habría sido imposible retener durante tanto tiempo á los diputados, muy cansados de sus largos trabajos, muy molestados por los calores y muy deseosos de salir de Madrid; y de aquí el decreto que les autorizaba para regresar á sus provincias. Pero más verosímil parece atribuir la suspensión de sesiones á un cálculo de Prim, el cual quería aprovechar los meses de verano para ir, como de costumbre, á Vichy y ver al emperador, á quien exponería la gran crisis por que pasaba España, y luego, con aquellos miramientos insinuantes que tan buen resultado daban con Napoleón, aventuraría el nombre de Leopoldo, disimulando su origen prusiano bajo sus alianzas cosmopolitas. Presentaría el negocio como muy avanzado y después, poco á poco, se iría franqueando suavemente hasta acabar por confesar que estaba casi concluido del todo. Napoleón, cansado de toda complicación nueva, se resignaría, y de esta manera las Cortes encontrarían el terreno despejado, España quedaría satisfecha, Prusia triunfaría modestamente y Francia, aunque despejada, dejaría que las cosas siguiesen su curso. Aunque de ello no existen pruebas materiales, todas las circunstancias permiten creer que tal fué el plan concebido por el general Prim (1).

Este plan era de una habilidad refinada; pero aquella conducta había de exigir que hasta el último momento se guardara un silencio absoluto sobre toda la negociación. Mas no fué así, sino que á una intriga muy secreta iba á suceder una divulgación muy prematura. El 28 de junio Salazar regresó á su país triunfante, tanto que no supo disimular hasta el final su triunfo; antes al contrario, dió á entender que España había al fin encontrado lo que parecía imposible de hallar, á saber, un rey, y muy pronto se trasladó la noticia. Prim, que después de la suspensión de las Cortes había ido á descansar unos días en los montes de Toledo, volvió á Madrid en la noche del 1.º al 2 de julio, siendo recibido en la estación por dos amigos que le felicitaron efusivamente por la solución de la crisis. El general, estupefacto, les interrogó, y por ellos supo que desde hacía algunas horas el nombre del candidato corría por los círculos políticos; y al escuchar tan desdichada revelación, lejos de felicitarles, frunció el ceño, y estrujando violentamente uno de sus guantes, exclamó: «Trabajo perdido; candidatura perdida, y ¡quiera Dios que la cosa no pase de aquí!»

X

Nuestro representante en Madrid, Sr. Mercier de Lostende, observaba una actitud expectante y tenía como instrucciones generales respetar los votos de los españoles; pero esta reserva no era tanta que llegase hasta la indiferencia. Muy mal informado habría estado el embajador si no hubiese percibido algo de los rumores que circulaban; en efecto, el 2 de julio supo algo de lo que se decía, primero vagamente y después de un modo más concreto. ¡Había un candidato! Y este candidato era un Hohenzollern. Aquel mismo día comunicó un diputado que seguramente serían convocadas

(1) Véase Leonardón, *Prim et la question Hohenzollern (Revue historique*, noviembre-diciembre de 1900, págs. 300-301).

las Cortes y se procedería á la elección del monarca; y á la caída de la tarde tívose noticia de que acababa de reunirse un consejo de ministros. El Sr. Mercier, instintivamente alarmado, no quiso esperar al día siguiente para saber si aquellas noticias se confirmaban ó desmentían; así es que, aunque era ya muy tarde, fuese á ver á Prim.

Hacia un rato que estaba esperando en la antesala cuando se presentó el general. Sus modales, generalmente muy amables, parecían aquella noche revelar cierta inquietud. Después de los primeros saludos, reinó un silencio embarazoso; al fin Prim, como si tomara su resolución, dijo bruscamente al diplomático: «Venga usted, tengo que hablarle.» Y se lo llevó á su despacho.

En cuanto estuvieron allí, entró en materia: «Tengo que hablarle de una cosa que me temo que no será agradable al emperador.» Y añadió luego en tono insinuante: «Es preciso que usted me ayude para que aquél no la tome demasiado á mala parte.» Este exordio dejaba entrever la índole de la confidencia. El general refirió detalladamente los sucesos ocurridos en España: «Ya conoce usted nuestra situación, le dije; no podemos prolongar indefinidamente este estado provisional. Usted sabe todo lo que he hecho para evitar las soluciones que pudieran no haber convenido al emperador; á poco que yo hubiese querido, habría sido elegido Montpensier, y por otra parte, no he cedido á ninguna de las insinuaciones que se me han hecho para atraerme á la causa de la República. Mi mayor deseo habría sido una combinación portuguesa ó, en defecto de ésta, italiana; y aun últimamente volví á la carga en Lisboa y en Florencia; pero todo ha sido inútil. Y, sin embargo, necesitamos un rey. Pues bien, en medio de nuestros apuros se nos propone uno en quien se juntan todas las cualidades apetecibles: es católico, de estirpe regia, tiene treinta y cinco años y dos hijos, vale mucho personalmente y es militar; además está casado con una princesa portuguesa, lo que dispondrá mucho los ánimos en favor suyo... Ya comprenderá usted que no puedo dejar escapar esta ocasión única.» Después de haber hablado en estos términos, Prim se interrumpió, y tras una pausa bastante larga, siguió diciendo en tono interrogativo y menos seguro: «¿Cómo cree usted que tomará el asunto el emperador?»

«No se puede tomar más que de una manera,» respondió bruscamente el Sr. Mercier, que había escuchado en silencio todo aquel discurso. Pero luego, mudando de parecer, añadió: «No tengo ningún derecho para comprometer en modo alguno el pensamiento del emperador; pero si usted me permite que le exprese mi sentimiento personal, no vacilaré en decirle que no puede usted adoptar un partido más grave y destinado á traer mayores consecuencias. En Francia, dada la disposición en que hoy están los ánimos, la elección de un príncipe de Prusia para el trono de España ha de causar necesariamente un efecto extraordinario; el sentimiento nacional verá en ello, délo usted por seguro, una verdadera provocación.»

Prim esperaba que el embajador formularía algunas objeciones, pero no una respuesta tan enérgica. Algo turbado, trató de poner en duda que aquella primera impresión hubiera de ser la definitiva, y añadió: «¿Qué

pueden temer ustedes? ¿Qué significa hoy en día una alianza monárquica? ¿Qué podrá hacer en nuestro país un príncipe extranjero, con una Constitución que es la más liberal de Europa y con un pueblo tan activo y tan independiente como el nuestro? Bien sabe usted que aun en la época de la monarquía más pura Luis XIV y su nieto estuvieron á punto de declararse la guerra.—Es cierto, replicó el Sr. Mercier; pero no lo es menos que en el caso de una guerra europea no tendríamos seguridad alguna en la frontera de los Pirineos si un príncipe prusiano ocupaba el trono de España.» Puesto en el trance de tener que explicarse acerca de las alianzas dinásticas, el embajador convino en que habían perdido una parte de su importancia, pero no hasta el punto de ser cosa indiferente ó desdeñable. Prim había hablado de Luis XIV; el embajador, apoyándose en ejemplos más recientes, recordó diversas circunstancias en las cuales Europa había pronunciado algunas exclusiones á fin de que ciertas familias reales no se engrandeciesen demasiado; así había sucedido en la cuestión de los matrimonios españoles, y en lo referente á los tronos de Bélgica y de Grecia. Volviendo á las susceptibilidades del espíritu nacional, dijo el Sr. Mercier: «Esta primera impresión, que usted cree que se desvanecerá, es de aquellas que nuestro gobierno querrá compartir siempre porque saldrá del corazón del país.—¡Dios mío!, exclamó Prim con alguna ligereza; todavía aceptaría yo las consecuencias por lo que se refiere á Francia; pero sentiría en extremo contrariar al emperador.—¿Y cree usted que en una cuestión como esta cabe establecer una distinción entre Francia y el emperador?—Entonces, ¡qué hacemos! Coja usted el *Almanaque Gotha* y procure encontrar en él un príncipe que pueda convenirnos. En cuanto á mí, no veo ninguno más; y sin embargo es menester que se apiaden ustedes de la pobre España.» Y en tono mitad de excusa y mitad confidencial añadió Prim: «Lo que me consuela es pensar que no soy yo quien ha inventado esta combinación; ni siquiera la he buscado, sino que han venido á ponérmela en la mano. Pero en la situación en que nos hallamos no puedo rechazarla. Por un momento creí que había abortado como las demás: todo había ocurrido tal como yo lo referí en las Cortes; pero de pronto me la vuelven á traer completamente preparada.» Luego, sin insistir más en este punto que habría sido muy instructivo ahondar, el general se esforzó en aplacar las resistencias francesas con la perspectiva de una solución no menos desagradable: «Si dejamos escapar esta ocasión, dijo, habremos de recurrir forzosamente á Montpensier ó á la República.—Pues bien, antes Montpensier.—¡Cómo! ¿Cree usted que el emperador preferiría Montpensier á un Hohenzollern?—No me lo ha dicho, pero estoy seguro de ello: el emperador ante todo es francés.» Tan enérgica afirmación pareció impresionar á Prim. A este diálogo siguió un largo silencio. Era muy entrada la noche y la entrevista tocaba á su fin. El general, que estaba muy emocionado, no ocultó cuánto le había costado aquella confidencia. «He estado dudando entre informar al emperador por mediación de usted ó de nuestro embajador en París, y he resuelto dirigirme á usted primero, porque conozco sus sentimientos y sé que evitará usted todo lo que pueda enconar la cuestión... Pero voy á escribir á

Olózaga para que entere al emperador. ¡Ah! Esta comisión será para él muy desagradable.» Después, acordándose de su propia situación, añadió con tristeza en parte sincera y en parte calculada: «¡Cuán cruel no es también para mí verme obligado á disgustar á ustedes después de haber puesto tanto cuidado en evitar toda causa de desavenencia entre nuestros dos países!»

Estas palabras fueron las últimas que pronunció el presidente del consejo. El Sr. Mercier regresó á la embajada, muy preocupado por lo que acababa de oír, y á toda prisa mandó llamar á uno de sus agregados, confióle algunos documentos y le ordenó que estuviera preparado á partir para París, á fin de tomar y traer las órdenes del emperador. Hecho esto, telegrafió á su gobierno la gran noticia. En Madrid, y en aquella noche del 2 de julio, acabábase de representar en el despacho de Prim la primera escena del drama cuyas peripecias se desenvolverían en los días siguientes.

XI

El 3 de julio llegó al muelle de Orsay el famoso despacho. El suceso requería ser estudiado con espíritu muy dueño de sí mismo y completamente libre de ilusiones, y con perfecto conocimiento de las debilidades que nos impedían mostrarnos excesivamente altivos. El duque de Gramont, que hacía poco se había encargado de la cartera de Relaciones exteriores, ¿era el hombre capaz de descubrir la intriga y de mantener la dignidad nacional sin peligro para la paz del mundo? Cabía dudarlo. El nuevo ministro de Negocios extranjeros había aprendido, en una carrera ya larga, la diplomacia y en despachos á veces muy notables habíase mostrado en ocasiones informador muy sagaz; pero nunca había practicado la política activa, la que debe ser respetuosa á la vez con el soberano, con las Cámaras y con la opinión, y había ignorado siempre las conturbadoras responsabilidades que impone un puesto en primera fila. Como había vivido lejos de su país, había guardado fielmente en su corazón la imagen de la Francia de otro tiempo; y como en su infancia había oído decir que ninguna patria superaba ni siquiera igualaba á la nuestra, había conservado piadosamente esta fe, sin que ninguna educación crítica ni ninguna costumbre de contrastar sus juicios le ilustrara acerca de los progresos de nuestros vecinos y acerca de nuestras propias debilidades. De ello resultaba un patriotismo ardiente, espontáneamente temerario, más explicable en un soldado que en un estadista. Una estancia de siete años en Austria había influido en el espíritu del duque; pero esta misma influencia había sido para él fuente de error más bien que de luz. Muy bien acogido por la alta aristocracia, á causa de su elevada alcurnia, había vivido en la intimidad de cortesanos y de militares que soñaban con el desquite de Sadowa; de modo que después de haber llevado á Viena la ilusión de la omnipotencia francesa, traía á París otra ilusión, la de la amistad austriaca. Unidas ambas ilusiones, ¡cuál no había de ser el engaño! El Sr. de Gramont, aferrado á las máximas de la diplomacia tradicional, habíase como todos sus compañeros de carrera, lamentado de la unidad italiana y más aún de la unidad alemana; y esos lamentos, hijos de un espíritu juicioso, podían, si se desviaban,